

# Mohamed Bin Salman y el futuro de Arabia Saudí: las dos caras de un régimen autocrático en plena reforma

*Rosa Meneses*

*Periodista del diario El Mundo especializada en Oriente Medio y Magreb*



En junio de 2018, el mundo celebraba el fin de la prohibición de conducir para las mujeres en Arabia Saudí. El rostro del príncipe heredero, Mohamed bin Salman, se perfilaba como el de un visionario. Un reformista que había llegado para remover los cimientos del esclerótico régimen saudí. Durante décadas, la prohibición de conducir a las mujeres se había puesto como el ejemplo más mediático de un régimen ultraconservador, un símbolo de un Estado que reprimía a su ciudadanía de muchas otras maneras y que ahora, al caer, abría una nueva era para Arabia Saudí. Meses después, en octubre, el asesinato del periodista disidente Yamal Khashoggi en el consulado saudí de Estambul marginaría esa visión de Bin Salman como reformista, dejando a la luz otro aspecto: el de un líder ambicioso, déspota y que no admite críticas.

El salvaje asesinato de Yamal Khashoggi precipitó la peor crisis entre Riad y la comunidad internacional desde los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono, el 11 de Septiembre de 2001, cuando se descubrió que 15 de los 19 secuestradores de los aviones que atacaron EEUU eran saudíes. Pero, tras el ascenso de Mohamed bin Salman (conocido por sus iniciales, MBS) en 2015 ya se habían visto algunos fogonazos que dejaban intuir que el príncipe heredero es un reformista, pero no un demócrata: la guerra de Yemen, la detención extrajudicial de decenas de príncipes y empresarios hasta que aceptaron pagar un porcentaje de sus fortunas, el bloqueo a Qatar o el secuestro en Riad del primer ministro libanés, Saad Hariri, hasta que accedió a pulir su desacuerdo. La muerte de Khashoggi ha hecho que nadie hable ya del reformista y sí del déspota. MBS corre el peligro de convertirse en un paria para el mundo que llevará sobre sus espaldas para siempre el asesinato del periodista.

### **Una ruptura en la línea sucesoria**

*Arabia Saudí, un régimen ultraconservador que reprime a su ciudadanía de muchas maneras y cuyo nuevo príncipe, ambicioso y déspota, aleja las esperanzas de cambio*

En 2015, el ascenso al trono de Salman bin Abdulaziz al Saud, a la edad de 79 años, entraba dentro de lo previsto en un reino en el que era *normal* que los envejecidos hijos del fundador de la dinastía, Abdulaziz, se pasaran el cetro unos a otros. Nada hacía esperar que este rey fuera a romper ninguna costumbre; sin embargo, nada más ascender al trono, una de las primeras cosas que hizo fue reestructurar la línea sucesoria. En dos meses, depuso a su hermanastro Muqrin como príncipe heredero y, haciendo que la línea sucesoria diera un salto generacional, nombró a su sobrino Mohamed bin Nayef, de 57 años. Como segundo en la línea de sucesión colocó a su hijo favorito, Mohamed. Pero en junio de 2017, Salman volvió a trastocar la sucesión al trono, modificando la Constitución para que pasase oficialmente de los vástagos del rey Abdulaziz (muerto en 1953) a los nietos, degradó a Nayef bin Abdelaziz y convirtió a su propio hijo en heredero al trono.

El ascenso del joven príncipe, que entonces tenía 32 años, provocó un *tsunami* en la monarquía y la sociedad saudíes. Casado con una princesa nieta como él de Abdulaziz, por fin el trono saudí iba a ser ocupado por alguien más en conexión con la mayoría de la población del país. No es extraño, por ello, que su popularidad se sustentase en esa juventud ávida de sangre nueva. Hasta entonces, MBS siempre había trabajado a la sombra de su padre, del que fue su asesor más fiel. Era un advenedizo en política, aunque de él se destacaba su instinto para manejarse en las esferas de poder (Meneses, 2017a). Algo que ha quedado ya patente a la luz del último año. Desde la coronación de Salman, ha ido escalando puestos y acaparando poder usando dos tácticas: la primera, colocando a jóvenes técnicos fieles en puestos

clave de la Administración y el Gobierno y la segunda, quitándose a potenciales enemigos del medio. Así, destituyó al jefe del Estado Mayor y a los comandantes del Ejército de Tierra y Aire. Y, en otro de sus primeros movimientos estratégicos, en noviembre de 2017, arrestó a decenas de príncipes y poderosos hombres de negocios en el lujoso hotel Ritz-Carlton de Riad en lo que definió como una operación para luchar contra la corrupción.

La purga concluyó con la confiscación de más de 100.000 millones de dólares para las arcas del Estado (Kirkpatrick, 2019), tras el interrogatorio de 381 personas, según anunció la Corte Real en enero de 2019, y la certeza de que Bin Salman no permitiría ningún atisbo de contestación a su autoridad. El heredero usó la operación para marginar a sus potenciales rivales y consolidar su poder de cara a su ascenso al trono. Entre los que fueron confinados en la *cárcel de oro* del Ritz-Carlton, que fue cerrado a cal y canto para la ocasión, estaba el príncipe Alwalid bin Talal, conocido por sus posiciones liberales y que permaneció incomunicado 80 días (durante los que denunció torturas), hasta que accedió a firmar un acuerdo y ceder parte de sus activos. También figuraba el príncipe Miteb, hijo del fallecido rey Abdulá, hasta entonces comandante de la Guardia Nacional y pretendiente al trono. Hubo varios ministros e incluso el billonario empresario Bakr Binladin, presidente del grupo constructor del mismo nombre omnipresente en los megaproyectos del país.

El hotel reabrió sus puertas en febrero de 2018, pero algunos detenidos, como el propio Binladin o el multimillonario de origen etíope Sheij Mohamed Husein al Amudi, permanecieron 15 meses en prisión y sólo fueron liberados en enero de 2019. Otros seguían en esa fecha entre rejas, como el príncipe Turki bin Abdulá, ex gobernador de Riad. Las detenciones fueron extrajudiciales y nunca se reveló la lista detallada de los arrestados ni los cargos de los que se les acusaba, pero se trata de personas que simbolizan la élite que se estructura en torno a la familia Al Saud y a sus vastas redes de clientelismo. Dos meses antes, MBS había empezado su primera ola de detenciones, cuyo objetivo fueron prominentes figuras de la sociedad saudí, desde periodistas a clérigos moderados, que no apoyaron públicamente sus políticas –internas o externas– o bien emitieron críticas contra ellas. Desde septiembre, Bin Salman convirtió a unas 2.000 personas en presos políticos (Broder, 2018).

Si el ascenso de MBS se interpretó al principio como el reconocimiento de un cambio imperativo en el reino, de una transformación inevitable y necesaria desde una gerontocracia hacia una tecnocracia eficiente, hoy se sabe que esa metamorfosis se va a hacer no sin sofocar todo criticismo. El caso *Khashoggi*, por si faltaban certezas, es prueba de ello. Aunque visto como reformista en lo económico tras el lanza-

*El heredero es un “neocon”, que está empeñado en contrarrestar la influencia de Irán en la región y ha impulsado la guerra de Yemen*

miento de su Visión 2030, el heredero ha demostrado ser en realidad un *neocon*. En términos de seguridad nacional y regional, no elude el conflicto, algo que ha quedado claro tras impulsar la intervención armada de Riad en la guerra de Yemen. Está empeñado en contrarrestar la influencia de Irán en la región, aun a costa de acercarse a Israel, y ocupar la vacante de Egipto como líder del Mundo Árabe. Sin embargo, pese a sus políticas de *halcón* dentro y fuera del país, nunca hasta octubre de 2018 el mundo había visto de forma tan transparente hasta dónde era capaz de llegar para conseguir imponer su visión.

### **El asesinato de Jamal Khashoggi**

El 2 de octubre de 2018, el periodista Jamal Khashoggi entró en el consulado saudí de Estambul para gestionar un documento que le acreditara como divorciado. Quería casarse con la ciudadana turca Hatice Cengiz y establecerse en Estambul, tras exiliarse de Arabia Saudí un año antes. Nunca salió de allí vivo. Cengiz dio la alarma de su desaparición dentro del recinto diplomático y, tras días de desinformación en los que el Gobierno saudí aseguraba que Khashoggi había salido del consulado, finalmente los servicios secretos turcos revelaron la verdad. Había sido asesinado por un equipo de 15 saudíes –uno de ellos, provisto de una sierra para cortar huesos– llegados al país con tal propósito. Su cuerpo fue desmembrado y, hasta hoy, no ha sido encontrado. Las grabaciones de audio que hizo públicas la Inteligencia turca dieron cuenta de la barbarie. Arabia Saudí acusó a aquellos 15 hombres de actuar por su cuenta, pero un informe de la CIA concluyó que fue el propio MBS el que ordenó el asesinato del periodista crítico. La Inteligencia estadounidense llegó a esta conclusión porque el grado de control que tiene el príncipe heredero sobre el país es tal que este asesinato no podría haber tenido lugar sin su aprobación y lo hizo basándose en dos grupos de comunicaciones cruciales: llamadas interceptadas de MBS en los días previos al crimen y llamadas del equipo de asesinos a un asesor senior del líder *de facto*.

Otras investigaciones también apuntan a la mano de Bin Salman. Según las conclusiones preliminares que la relatora de la ONU contra la tortura, Agnes Callamard, publicó a principios de febrero de 2019, Khashoggi fue víctima de “un asesinato brutal y premeditado”. La investigación y la información que recopiló su equipo en Turquía concluyó que su muerte “fue planeada y perpetrada por funcionarios de Arabia Saudí” y denunció que Riad estaba obstaculizando la investigación.

El asesinato de Khashoggi se enmarca en el escenario de un príncipe heredero limpiando el campo de rivales para preparar su llegada al trono. Khashoggi no era un *outsider*, no era un opositor, pero sí se

había atrevido a criticar algunas decisiones de MBS. A sus 59 años, había trabajado en el mismo seno de la corte real saudí y mantenía buenos contactos. Fue editor de un importante periódico (no hay prensa independiente en el reino) e incluso sirvió de portavoz del embajador saudí en Washington. Sin embargo, en los últimos años y más precisamente con el ascenso al poder del calculador MBS, Khashoggi había quedado en el bando equivocado, asociado con una rama de la familia real saudí que ha perdido poder en la pugna liderada por el príncipe heredero. Khashoggi era abiertamente crítico con algunas decisiones de Bin Salman en sus columnas del diario estadounidense *The Washington Post*. Desde abril de 2017, el puesto de embajador saudí en Washington estaba ocupado por Khaled bin Salman, hermano pequeño del heredero, quien se mantuvo en él hasta pocos días después de la desaparición del columnista.

“Me han dicho que necesito aceptar, con gratitud, las reformas sociales que desde hace tiempo he incentivado mientras me mantengo en silencio sobre otros temas, que van desde el lodazal de Yemen, las apresuradas reformas económicas, el bloqueo a Qatar, las discusiones sobre una alianza con Israel para contrarrestar a Irán, y el encarcelamiento de docenas de intelectuales y clérigos saudíes el año pasado”, escribió en mayo de 2018 en uno de sus artículos (Vick, 2018). En otra de sus columnas, sugería al futuro rey que escuchara a su pueblo y que recortara los privilegios de la extensa prole de la familia real (Lacey, 2018). Con frecuencia calificaba a MBS como “un líder tribal a la antigua usanza” que “quiere disfrutar de los frutos de la modernidad del Primer Mundo y de Silicon Valley y los cines, pero que también quiere gobernar como lo hizo su abuelo”. “Sólo cree en él mismo. No cree a nadie más. No tiene asesores propiamente y está modificando Arabia Saudí según sus gustos”, señaló en una entrevista (Jebreal, 2018). Sus encontronazos con el nuevo poder le llevaron a exiliarse de Arabia Saudí en 2017, dejando atrás a su familia.

La muerte de Khashoggi ha sido más una crisis internacional que una cuestión con resonancias internas. Aunque sí que ha tenido efectos en el clan Saud, provocando una reestructuración de los asesores del propio Bin Salman además de intensas reuniones para estudiar posibles reacciones. Aunque el heredero no parece tener muchos aliados en la familia después de su purga del Ritz-Carlton, el caso Khashoggi no va a ser usado como oportunidad para eliminarlo de la línea sucesoria. En palabras del príncipe Turki al Faisal (ex jefe de la Inteligencia que empleó a Khashoggi cuando era embajador en Washington): “La gente que piensa que va a haber cambios en la sucesión al trono está equivocada” (Gause, 2018). Su impopularidad entre sus tíos y primos es tan grande como el poder que ha consolidado en sus manos durante estos años.

## Washington-Riad: una alianza no tan en la cuerda floja

El día de San Valentín de 1945, el presidente de EEUU Franklin D. Roosevelt se reunió con el fundador de Arabia Saudí, el rey Abdulaziz al Saud. En un acuerdo histórico que sentó las bases de las relaciones entre ambos países, el rey accedió a garantizar a EEUU acceso preferencial a su petróleo a cambio de protección militar de sus enemigos externos. Fue la primera piedra de una fructífera relación que se prolonga hasta nuestros días y que ha sobrevivido a seis guerras árabes-israelíes con ambos aliados alineados en bandos diferentes, a los atentados del 11-S o a la invasión estadounidense de Irak en 2003.

La *era Trump* –y la llegada con él de Jared Kushner como su principal asesor para Oriente Medio– ha coincidido con el ascenso al poder del nieto de aquel rey, por primera vez desplazando la línea sucesoria de los hijos de Abdulaziz a la tercera generación de los Al Saud. Trump (y Kushner) experimentan una gran sintonía con el estilo de liderazgo de MBS, tan impulsivo y temerario como el del magnate estadounidense. La Administración Trump se mostró abiertamente a favor del ascenso de Bin Salman como príncipe heredero, insertándose directamente dentro de la política de la familia Al Saud (Gause, 2018). Un pronunciamiento que ignoraba el precedente de ‘*no comments*’ practicado por sus antecesores y que se escenificó en el fastuoso recibimiento en Riad del clan Trump en mayo de 2017. Hubiera sido más prudente no implicarse tanto, pero ha sido el *caso Khashoggi* el que ha venido a abrirle los ojos a Trump y a Kushner para tomar un poco de distancia de MBS. Tomar distancia y no castigar al príncipe heredero ha sido la clave del movimiento de la Casa Blanca tras el asesinato del periodista, mientras prominentes senadores y figuras republicanas y demócratas pedían la cabeza de MBS. Así, Trump rechazó las demandas de recortar la venta de armas al reino y apoyó las declaraciones de Bin Salman que negaban haber ordenado el asesinato, pese a las conclusiones del citado informe de la CIA.

Parecía que, tras lo sucedido a Khashoggi, MBS tenía los días contados, pero eso no llegó porque EEUU nunca pidió su cabeza. Analistas estadounidenses consideran que presionar con su destitución como condición para mantener la cooperación entre EEUU y el reino hubiera sido un error de cálculo que sólo hubiera conducido a una lucha de poder interna muy dañina para los intereses de Washington y que habría llevado al país árabe a una inestabilidad indeseada (Gause, 2018). Desde las moquetas de Washington, se aboga, sin embargo, por un cambio de actitud en ambos lados: toca explicar a Bin Salman cuáles son sus límites en las normas internacionales. Y es que la escala de las reservas de crudo saudíes, entre las mayores del mundo, con una producción de una media de 10,7 millones de barriles al día de

*Arabia Saudí, por su poderío petrolero y su papel líder en el cartel de la OPEP tiene una gran influencia en los mercados mundiales*

los que 7,43 millones van directos a la exportación, hace a los presidentes de EEUU ser prudentes en cuanto a su dureza con Riad ante cualquier salida de tono, incluso desoyendo al Congreso. Ya ocurrió tras el bombardeo contra un autobús escolar en Yemen el 9 de agosto de 2018, que mató a 40 niños. El Congreso de EEUU bloqueó automáticamente la venta de misiles guiados a Riad y, en marzo de 2019, el Senado (de mayoría republicana) aprobó un proyecto de resolución para poner fin a la implicación de Washington en la guerra de Yemen, del lado saudí. La resolución pasó a la Cámara de Representantes (de mayoría demócrata), donde el pasado 4 de abril también fue aprobada. El caso *Khashoggi* logró poner de acuerdo a demócratas y republicanos, sin embargo, finalmente Trump vetó la resolución.

El poderío petrolero y su papel líder en el cártel de la OPEP le dan a Arabia Saudí una gran influencia en los mercados mundiales, una clave que la Casa Blanca tiene bien presente en su política exterior. Y no sólo eso, más allá del petróleo, los magnates saudíes están muy implicados en sectores clave de las finanzas estadounidenses, como Silicon Valley. El príncipe Alwalid bin Talal tiene participaciones en Citigroup, Twitter y Snap. El fondo soberano saudí controla partes de Uber y Tesla. Son sólo unos ejemplos. El panorama se completa si echamos un vistazo a la venta de armas de EEUU al reino, uno de sus principales clientes y por tanto sustento de la industria, según reconoció el propio Trump, que tras firmar en 2018 sendos acuerdos militares por valor de 350.000 millones de dólares para una década, aseguró que crean medio millón de empleos en América.

Es verdad que el crimen de Khashoggi ha hecho temblar la longeva alianza entre EEUU y Arabia Saudí. Pero, meses después del terrible asesinato, cada vez está más claro que los días de MBS no han llegado a su fin. Es más, el heredero no sólo ha logrado resistir sino que su poder se ha consolidado en un modo sin precedentes. Bin Salman ha tenido “un mal año” y muchos de sus problemas se los ha buscado él solo. Pero a la larga saldrá indemne, como muchos otros autócratas que han eliminado físicamente a sus disidentes más notables. Y el reino seguirá siendo aliado privilegiado –si no uno al que no incomodar mucho– de EEUU (y, por ende, de la comunidad internacional) en Oriente Medio, dado su poder de estabilizar o hundir en el caos la economía mundial desde que se descubrieran sus vastas reservas petrolíferas, en 1938. Puesto negro sobre blanco, “los derechos humanos y los valores nunca han cimentado esta relación”, reconoce Chas Freeman, ex embajador de EEUU en Arabia Saudí (Broder, 2018). “Siempre han estado motivadas por intereses nacionales, tanto nuestros como suyos”.

## Una política exterior de alto riesgo

Desde que MBS es líder *de facto* del país, la política exterior saudí se ha tornado abiertamente agresiva. En marzo de 2015, el príncipe heredero –en su calidad de Ministro de Defensa, puesto que aún ostenta– ordenó intervenir en la guerra de Yemen del lado del presidente Abderrabuh Mansur Hadi, cercado por los rebeldes huzíes. Alarmado por el progreso militar del grupo proiraní, reunió el apoyo de Emiratos Árabes Unidos y otros siete estados árabes para forjar una coalición e intervenir en el conflicto. EEUU, Reino Unido y Francia han apoyado la alianza militar con armas e Inteligencia. Hasta la fecha se contabilizan más de 7.000 civiles muertos, de los que el 65% se atribuyen a los bombardeos de la coalición saudí, según Naciones Unidas. La contienda se ha convertido en la mayor catástrofe humanitaria de la actualidad, con el 80% de la población yemení (24 millones de personas) dependiente de la ayuda internacional, 10 millones están a un paso de la hambruna, según la ONU, y miles de civiles han muerto por desnutrición y enfermedades como el cólera. Los contendientes continúan en guerra sin que parezca que la balanza se incline por ahora hacia ningún bando.

*La intervención saudí en Yemen concita la mayor oposición y criticismo de la comunidad internacional*

La intervención saudí en Yemen concita la mayor oposición y criticismo de la comunidad internacional. Un punto de no-retorno en el rechazo mundial fue el bombardeo del 9 de agosto de 2018 contra un autobús escolar en el que murieron 40 niños y que provocó que gobiernos occidentales se plantearan congelar la venta de armas a Arabia Saudí. Meses después, el caso *Khashoggi*, reavivó las reticencias hacia un régimen que viola los derechos humanos a cara descubierta. El Parlamento Europeo, por ejemplo, aprobó una resolución instando a una investigación internacional sobre el asesinato del periodista y llamando a los países miembros de la Unión Europea a detener sus ventas de armamento al reino. El único país que lo hizo fue Alemania, suscitando sorpresivamente las críticas de Reino Unido y Francia por “ir por libre”. En consecuencia, Londres, París y Madrid siguen proveyendo a Arabia Saudí sin que Berlín haya conseguido una posición europea común sobre el cese de exportaciones de este tipo. Más allá, ningún país ha presionado de forma seria para poner fin a la intervención de Riad en Yemen, que es lo único que puede dejar de echar gasolina a una contienda que se ha convertido ya en el Vietnam de Arabia Saudí. El conflicto es una auténtica ruina política y económica para el reino del desierto. Además de erosionar su imagen internacional, las operaciones militares están costando entre 5.000 y 6.000 millones de dólares cada mes a las arcas de Riad. Durante décadas, el reino saudí ha visto a Yemen como su patio trasero y ha maniobrado para impedir tanto la entrada de injerencias exteriores como la constitución de un Estado fuerte. Será difícil convencer a MBS de que cese su intervención, pero parece la única manera de controlar su impulsiva política exterior.

El intervencionismo del hijo del rey Salman y su obsesión con la influencia de Irán ha afectado también al Líbano. A primeros de noviembre de 2017, secuestró al primer ministro libanés, Saad Hariri<sup>1</sup>, en Riad y le obligó a dimitir en un rocambolesco episodio aún sin aclarar. La escalada diplomática que eso provocó empujó al Líbano a una nueva crisis política. Si la pretensión del príncipe con todo ello era debilitar el papel político de Hizbulá –el partido-milicia chií proiraní– en el país de los cedros, consiguió todo lo contrario. Hizbulá no se arredró y se puso del lado de Hariri, afirmando que forzar su dimisión era una declaración de guerra de Riad y confirmando que Hariri se encontraba detenido en Arabia Saudí. No fue hasta la mediación del presidente francés, Emmanuel Macron, que incluso viajó personalmente a Riad para negociar la liberación de su aliado libanés, que se calmó la tormenta diplomática. La política libanesa siguió, sin embargo, sin estabilizarse. En mayo de 2018 se celebraron elecciones legislativas, las primeras en nueve años, y no fue hasta enero de 2019, tras nueve meses de negociación, cuando Hariri logró forjar finalmente un Gobierno después de conseguir llegar a un acuerdo con Hizbulá que garantizaba al Partido de Dios la participación en el Ejecutivo. La política libanesa es, desde hace décadas, rehén de las potencias regionales (Arabia Saudí, Siria e Irán). Una influencia que se remonta a la guerra civil (1975-1991) y que se ha exacerbado a raíz del conflicto sirio (desatado en 2011 y en el que Hizbulá e Irán combaten del lado del presidente, Bashar Asad). Líbano es, pues, otro de los campos de la confrontación entre Riad y Teherán avivada por Donald Trump desde la Casa Blanca y por Benjamin Netanyahu desde Israel (Meneses, 2017b). Cualquier crisis política en este pequeño Estado, muy sensible a los equilibrios entre las diferentes fuerzas sectarias que lo componen, es susceptible de desatar un conflicto abierto. Además, la crisis económica por la que atraviesa el Líbano, gravemente afectado por la guerra en la vecina Siria, le hacen muy sensible a los dictados de los petrodólares saudíes.

Qatar ha sido otro blanco de las políticas de MBS. En junio de 2017, Riad inició un boicot contra Doha, al que se unieron Emiratos Árabes Unidos, Bahrein y Egipto. El objetivo era forzar a los qataríes a terminar con su apoyo a los Hermanos Musulmanes en diferentes países de la región y a tomar distancia con Turquía o Irán, a los que Riad considera sus rivales en el mundo musulmán. A medida que pasaron los meses y se vio que Qatar no iba a plegarse ante la presión saudí, la

<sup>1</sup> Saad Hariri, líder del partido suní libanés Movimiento Mustaqbal (Futuro), es el heredero de un imperio político y empresarial forjado por su padre, Rafik Hariri. Hariri padre fue primer ministro libanés tras la guerra civil, en los 90, y murió asesinado en 2005 en un atentado con coche bomba en Beirut. Desde entonces, su hijo Saad ha tomado su testigo liderando la corriente de fuerzas que se opone a la influencia de Siria en la política libanesa. La familia posee intereses económicos en Arabia Saudí; de hecho, Saad nació en Riad y tiene pasaporte saudí y libanés. Gran parte de la fortuna de los Hariri ha sido amasada en el reino del desierto. Saad es la quinta personalidad más rica del Líbano, según la revista *Forbes*, con unas rentas de más de 1.000 millones de dólares. Su carrera política se remonta a una década: fue jefe del Gobierno entre 2009 y 2011, fecha en que se exilió a París y Riad. Volvió a Beirut en 2014 y desde entonces se ha convertido en figura indispensable del puzzle político libanés. En enero de 2019 logró formar su tercer Ejecutivo.

estrategia del príncipe heredero se reveló como un sinsentido. El movimiento, sin embargo, ha generado una crisis en el Consejo de Cooperación del Golfo (GCC), ha dividido aún más a los miembros de la Liga Árabe –como se vio en su última cumbre anual, el 31 de marzo de 2019 en Túnez– y ha puesto en un aprieto a EEUU, que tiene en Qatar la mayor base aérea militar de Oriente Medio.

Más errática fue la crisis desatada con Canadá a causa de una rabieta. En el verano de 2018, un tuit del Ministerio de Exteriores canadiense criticando las detenciones de mujeres activistas en Arabia Saudí desató una reacción de MBS totalmente desproporcionada que le llevó a retirar a su embajador en Ottawa, ordenar la vuelta a casa de los estudiantes en Canadá con becas del Gobierno, cortar las relaciones comerciales e incluso retirar a los pacientes que estaban siendo tratados en hospitales del país norteamericano. El pique demostró que la política exterior bajo la égida del príncipe heredero se basa más en emociones personales que en intereses nacionales.

*El programa de reformas contempla desvincular la economía de su dependencia del petróleo, incentivar el turismo y fomentar la industria del entretenimiento*

### **Las reformas económicas: Visión 2030**

En abril de 2016, Bin Salman desveló su plan para reducir la fuerte dependencia económica del sector petrolífero del país. Conocido como Visión 2030, el programa pretende aumentar el papel del sector privado en ámbitos como la educación la salud y el transporte y dotar, a través de las inversiones, de mejores infraestructuras a Arabia Saudí. Junto a los planes más futuristas –como la creación de una ciudad económica operada por inteligencia artificial en la costa del Mar Rojo, Neom– conviven obras más prosaicas, como aumentar la red de ferrocarril convencional, construir el metro en Riad o conectar las ciudades de La Meca y Medina (lugares santos del islam) a través de alta velocidad.

Esta hoja de ruta, calificada como la revolución más importante del país en los últimos 70 años, es la iniciativa que más aplausos ha generado a favor de MBS tanto en el interior como en el exterior. El programa de reformas se detalla por etapas de cinco años, de las que la primera se completará en 2020, y contiene 96 objetivos estratégicos. Contempla privatizaciones, la creación de 1,2 millones de puestos de trabajo en el sector privado y el recorte del desempleo hasta el 9% para 2020, al concluir esa primera fase (Meneses, 2018). El objetivo, de aquí a dos décadas es transformar el país, desvincular la economía de su dependencia excesiva del petróleo a través del desarrollo de infraestructuras, de incentivar (aunque aún de forma tímida y controlada) el turismo y de fomentar la industria del entretenimiento.

La implementación de la *Visión 2030* toca todos y cada uno de los aspectos de la economía saudí. El Bin Salman tomó varias decisiones impopulares entre 2016-17 para poner en marcha su plan. Así, impuso un incremento del 5% de las tasas impositivas, recortó los subsidios a los servicios básicos (como el agua y la electricidad) y la gasolina (que experimentó un incremento entre el 80 y el 120% en 2017) y disminuyó los salarios de los funcionarios descontando algunos pluses que formaban parte de la base anual. En el centro del programa visionario de MBS se encuentra la propuesta de privatización del 5% de la petrolera nacional, Aramco, con el fin de poner la riqueza del fondo soberano, el Fondo de Inversión Pública, a disposición del Estado. El plan, sin embargo, fue suspendido en el verano de 2018, debido a las muchas dudas que existen sobre cómo llevar esto a cabo. Aramco, de propiedad estatal desde que fue nacionalizada en 1980, es el primer productor de petróleo del mundo y la joya de la corona saudí.

En un país de 32,5 millones de habitantes en el que el 50% son jóvenes, los retos socioeconómicos son inmensos. Más si cabe cuando se tiene en cuenta que uno de los propósitos del plan es la *saudización* de la economía, es decir, aumentar la fuerza de trabajo local –que actualmente es de 5,2 millones– y reducir la gran dependencia de mano de obra inmigrante. Se trata de un objetivo que no es nuevo: durante años se pretende reducir el porcentaje de mano de obra extranjera. Pero sin demasiados frutos. Los expatriados conforman hoy un tercio de la población en Arabia Saudí. Como parte de la primera etapa del plan de *saudización* en *Visión 2030*, se ha incrementado el coste para las empresas privadas a la hora de contratar trabajadores extranjeros con el fin de priorizar el empleo local. Como consecuencia, cientos de miles de trabajadores foráneos han dejado el país entre 2016 y 2018 (Young, 2018). Se trata, sobre todo de obreros ('blue collar workers') y, en ese caso, los saudíes no están ocupando estos puestos. Mientras, la demanda de trabajo cualificado extranjero no ha experimentado las mismas caídas que en sectores como la construcción y se mantiene la demanda de trabajo doméstico. La reestructuración del mercado laboral saudí necesaria para que los locales sean más productivos y tomen puestos cualificados requiere más tiempo y, mientras esto llega, se producirán interrupciones que afectarán sobre todo a la construcción y al sector servicios. En otras palabras, la *saudización* llevará al menos una década y habrá que estudiar sus efectos en sectores muy dependientes de la mano de obra extranjera masculina. En el caso de las mujeres saudíes, este trance quizá ayude a ver una mayor participación de mano de obra femenina en sectores como el comercial o los servicios.

*Las reformas  
tienen que  
cambiar la  
mentalidad y los  
mecanismos de  
un Estado  
rentista basado  
en redes  
clientelares*

Los jóvenes son en realidad el foco de las políticas reformistas en el sector económico, de ahí la gran popularidad que MBS suscita entre ellos. Se calcula que hacia 2030, la mitad de la población saudí tendrá menos de 25 años. El país es el octavo del mundo que más gasta en educación, pero las empresas tienen grandes dificultades para contratar y retener el talento local. Gran parte de los jóvenes con títulos universitarios desarrollan su carrera en el extranjero. Muchos son los que están volviendo a su país para aportar su experiencia exterior en el desarrollo de la Visión 2030, que se ha convertido en fuente de motivación de emprendedores y licenciados. Otros deciden quedarse y emprender. Najla Moha es una joven empresaria de 32 años cofundadora junto a su esposo, Mishaal al Rashid, del Wonderland Festival, una compañía de entretenimiento que organiza un festival anual que emplea en Riad a unas 1.600 personas y que cuenta con unos 165.000 asistentes. Es la gente como ellos la que muestra un mayor entusiasmo con las nuevas políticas. “Estamos todos motivados al mismo nivel que nuestro nuevo líder. Vemos sangre nueva capaz de liderar a los jóvenes”, declara Al Rashid<sup>2</sup> cuando se le pregunta sobre Bin Salman. Los emprendedores son el sector que mejor ha acogido las reformas con olor a vientos de cambio. Una perspectiva optimista que la Visión 2030 ha logrado proyectar en los sectores económicos, públicos y privados, más innovadores.

Sin embargo, las reformas tienen todavía que cambiar la mentalidad y los mecanismos de un Estado rentista basado en redes clientelares. El número de saudíes trabajando en el sector privado es aún muy bajo y la mayoría prefiere la seguridad de lo público: el 70% de la fuerza laboral está actualmente empleada en el sector estatal. Uno de los pilares del contrato social con la familia Al Saud es la lealtad y fidelidad al clan a cambio de la distribución de las rentas del crudo. Una de las debilidades de la estrategia de Visión 2030 es que no ha estudiado las potenciales consecuencias políticas de las reformas económicas y asume que van a ser absorbidas socialmente sin mayores problemas (Ghafar, 2018). Sin embargo, a medida que se aplican más medidas de austeridad, el contrato social entre pueblo y monarquía se puede ver sometido a tensiones sin precedentes. Si las autoridades aflojan el nivel de subsidios, la insatisfacción puede aumentar. Contando con la trayectoria –aún corta, pero elocuente– de MBS, no es probable que el país evolucione hacia una cierta democratización, pero sí necesitará –con el fin de llevar a cabo esa soñada transformación económica– implementar cierta transparencia y rendición de cuentas, además de crear espacios en los que la sociedad civil pueda tomar decisiones sobre sus vidas.

<sup>2</sup> Entrevista personal recogida por la autora. Riad, febrero de 2018.

Un logro –aunque todavía embrionario– de la Visión 2030 desde que se formuló hasta la actualidad ha sido aumentar la fuerza de trabajo femenina en un 130%. En 2018 el número de mujeres trabajadoras constituía el 20% de la fuerza laboral, cuando en 2012 era del 11%<sup>3</sup>. El objetivo es llegar al 30%. Las mujeres empiezan a ser tímidamente más visibles en la sociedad y la política, con ejemplos como el nombramiento de Tamadur bint Yusef al Ramah como viceministra de Trabajo y Desarrollo Social, o de Sarah al Suhaimi como presidenta de la Bolsa. Pero la transformación económica (con la incorporación de la mujer al mundo laboral) no puede ser posible sin eliminar las restricciones sociales y religiosas que pesan sobre su población, notablemente sobre la mitad femenina.

### **Una revolución social sin avances en los derechos humanos**

Las pretendidas reformas sociales entroncan con los cambios para reestructurar la economía. Consciente de que la transformación económica no puede llevarse a cabo sin levantar ciertas restricciones, MBS ha accedido a algunas concesiones no sin demostrar que su tolerancia tiene límites. En este sentido, sobre todo en lo que concierne a las libertades y derechos de las mujeres en un país ultraconservador, su objetivo es levantar las prohibiciones que impiden que se incorporen a la vida laboral, pero su afán reformista no alcanza para creer en concederles su libertad plena.

El líder *de facto* saudí ha dado una de cal y otra de arena en cuanto a reformas sociales y todos los cambios que ha promovido han sido adoptados de manera autoritaria. Con la aplicación de la *mano dura* se ha tratado de minimizar disrupciones, aplacar las voces que querían ir más allá o acallar posibles auges de los ultraconservadores reaccionarios. Muchos son los que discrepan con la visión de MBS de abrir la esfera social, pero no han tenido oportunidad de movilizarse. Lo mismo en el campo contrario, entre los que piden más apertura. Libertad, sí, pero hasta donde el futuro rey ponga el límite. Así se ha visto la detención de decenas de mujeres activistas que reclamaban el derecho de las féminas a conducir: mientras se abría la veda a las mujeres al volante, muchas de las que habían luchado por ello se exiliaron o fueron encarceladas. La restricción al derecho a conducir de las mujeres era una batalla perdida para las autoridades saudíes y era cuestión de tiempo que accedieran a levantarla. No sólo era el único país del mundo que la ejercía, sino que su justificación se revelaba insostenible. Los Estados vecinos (Kuwait, Qatar, Bahrein y Emiratos Árabes Unidos) concedieron este derecho a sus ciudadanas hace

<sup>3</sup> Son datos oficiales facilitados por Ibrahim A. Al Omar, gobernador de la Autoridad General de Inversiones de Arabia Saudí (Sagía), durante un encuentro con periodistas en el que se encontraba la autora, celebrado en Riad, el 20 de febrero de 2018.

décadas. Sin duda, el derecho a conducir traerá a cambios a largo plazo en la participación de las mujeres en la vida socioeconómica del país. Y no sólo para ellas, sino también para sus tutores hombres, hasta ahora obligados a llevarlas en coche al trabajo o al lugar de estudio, lo que les consumía tiempo y les hacía menos productivos. También liberará ahorros para la economía familiar que podrán dedicarse a otros propósitos. Un estudio revela que más del 87% de los hogares saudíes emplean a un conductor, normalmente expatriado (Culbertson, 2017). Esto significará también menos empleos para conductores extranjeros en Arabia Saudí.

Otro hito de las medidas aperturistas (aunque también controlado) se ha producido en lo cultural, permitiendo el cine y los conciertos de música (no hay ni un solo conservatorio en el país). Este aspecto tiene también un objetivo económico, ya que la industria del entretenimiento puede ser generadora de empleos e ingresos. La filosofía es evitar que los saudíes viajen al extranjero para hacer cosas sencillas que no pueden realizar en su país, como ir al cine, asistir a festivales o conciertos, y generar ingresos locales que de otro modo se *escapan* al exterior.

*Las estrictas normas sociales se han relajado un poco, permitiendo una tímida convivencia entre hombres y mujeres*

En este contexto, las estrictas normas sociales se han relajado un poco, permitiendo una tímida convivencia pública entre géneros. Para ello, Bin Salman ha desbandado la otrora todopoderosa policía religiosa, encargada de que las mujeres observaran las estrictas normas de *modestia* y de segregación por género en las calles. Se ha aprobado la primera ley contra el acoso sexual y se han abierto a las mujeres las puertas de estadios deportivos y otros eventos. Para facilitar la incorporación de las mujeres al mercado laboral, tanto en el sector público como en el privado, las autoridades han eliminado obstáculos como la necesidad de obtener un permiso de su guardián (padre, marido, hijo o hermano) para trabajar, abrir una empresa o acceder a la Justicia y ha abierto sectores laborales como el del comercio, hasta ahora vedados a las trabajadoras locales. Sin embargo, aunque MBS se ha mostrado a favor de ponerle fin, no ha llegado tan lejos como para eliminar totalmente el sistema de tutela que pesa sobre las mujeres, pues no está dispuesto a sacudir las bases sociales que sustentan la “identidad saudí” y las estructuras de poder. Así, las mujeres saudíes –tengan la edad que tengan– están bajo la autoridad del cabeza de familia (el varón más próximo a ellas, sea su padre o su marido), que tiene potestad sobre decisiones diarias y vitales; por ejemplo, salir de casa, cómo vestir, si estudiar o no, viajar, con quién casarse... El sistema no se basa en leyes islámicas específicas, sino en costumbres y usos (Espinosa, 2019) basados en la interpretación de la *sharia*. El control que algunas familias ejercen sobre sus mujeres ha llevado a varias jóvenes a escaparse del país en los últimos años, lo que ha puesto en evidencia la discriminación que sufren. Así lo advirtió

Naciones Unidas en febrero de 2018, señalando que el sistema de tutela es “el obstáculo clave a la participación de las mujeres en la sociedad y la economía”. En febrero de 2019, el Parlamento Europeo urgió a Riad a abolir el sistema de tutela que “reduce a las mujeres a ciudadanas de segunda clase”. Pocos días antes, en medio de la polémica mundial por la fuga de una joven de 18 años que denunció abusos de su familia, las autoridades saudíes anunciaron que revisarán posibles abusos de poder por parte de los tutores (Reuters, 2019). El Informe sobre Disparidad de Género que elabora el Foro Económico Mundial sitúa a Arabia Saudí en el puesto 138 de 144, como uno de los países con más segregación por género del mundo.

La idea de MBS, sabedor de que los cambios económicos traen transformaciones sociales, es que el país evolucione con estabilidad pero sin divisiones ni mutaciones que rompan los vínculos de la sociedad ni destruyan del todo los valores religiosos tradicionales de los que los saudíes son tan celosos. En otras palabras, la Visión 2030 es una revolución controlada (Meneses, 2018) que toca todos los pilares de la sociedad saudí, pero intenta no quebrarlos. Sin embargo, a medida que el plan vaya avanzando en su aplicación real, Arabia Saudí necesitará hacer más cambios para corregir las restricciones de derechos a las mujeres. Y, a la larga, será imperativo acabar con el sistema de tutela masculina y concederles a las mujeres de una vez por todas la mayoría de edad.

## Conclusión

El asesinato de Jamal Khashoggi no llega de la nada sino que se inserta en la deriva del ascenso al poder del príncipe Mohamed bin Salman y en su afán para preparar el terreno para su reinado. El estilo autocrático de MBS quiere asemejarse al de Vladimir Putin o Xi Jinping, demostrando desde el principio que será un rey reformista pero no débil. Y es precisamente esa combinación de mano dura y guante de seda lo que ha hecho que haya sido capaz de sacar adelante el fin de la prohibición de conducir para las mujeres o reformas económicas que requieren medidas de austeridad sin generar oposición en ningún bando. El *caso Khashoggi* ha puesto el foco en las violaciones de los derechos humanos en Arabia Saudí como nunca antes, exponiendo las graves carencias en materia de libertad de expresión y la discriminación hacia las mujeres. A raíz de ello, la comunidad internacional ha incrementado su visión crítica hacia el régimen saudí y ha puesto en cuarentena las prometedoras reformas internas puestas en marcha por el príncipe heredero. Al mismo tiempo, tanto la condena por el asesinato del periodista disidente como las críticas a la intervención saudí en la guerra de Yemen, que ha llevado al país a una crisis humanitaria sin precedentes, han puesto en evidencia el

complejo lugar estratégico que ocupa Riad en la región y la necesidad de una presión controlada para no provocar mayores conflictos e inestabilidad en Oriente Medio. Pese a la lluvia de reproches que han experimentado los métodos de Bin Salman por parte de la comunidad internacional, internamente éste no ha sufrido apenas tensiones y ha sido capaz de consolidar su poder de una forma sin precedentes en la historia reciente del reino, en medio de las intrigas propias de un clan con más de 7.000 príncipes asentado sobre ricas reservas de petróleo. Cumplidos ya de lejos los seis meses del brutal crimen, es evidente que los días de Mohamed bin Salman no están contados y que, a través de su impulsivo modo de hacer política, está moldeando al país a su gusto, a la espera de ser rey.

## Referencias bibliográficas

- BBC (2019): "Saudi Arabia's enduring male guardianship system". 8 de enero. Disponible en: <https://www.bbc.com/news/world-middle-east-46789875>
- Broder, Jonathan (2018): "Made of each other", *Newsweek*. September 07.
- Culbertson, Shelly (2017): "Female drivers can put saudis on road to enhanced growth", Rand Corporation. September 29. Disponible en: <https://www.rand.org/blog/2017/09/female-drivers-can-put-saudis-on-road-to-enhanced-growth.html>
- Espinosa, Ángeles (2019): "Por qué las jóvenes escapan de Arabia Saudí", *El País*. 10 de febrero.
- Gause, F. Gregory (2018): "After the killing of Jamal Khashoggi", Center for Strategic & International Studies (CSIS). Diciembre. Disponible en [www.csis.org](http://www.csis.org)
- Ghafar, Adel Abdel (2018): "A new kingdom of Saud?", Brookings. February 14. Disponible en: <https://www.brookings.edu/research/a-new-kingdom-of-saud/>
- Haas, Richard N. (2018): "The inconvenient truth about Saudi Arabia", Council on Foreign Relations. November 20. Disponible en: <https://www.cfr.org/article/inconvenient-truth-about-saudi-arabia>
- Jebreal, Rula (2018): "You challenge them, you might end up in prison", *Newsweek*. November 9.
- Kirkpatrick, David D. (2019): "Saudis end purge that began with hundreds locked in the Ritz-Carlton", *The New York Times*. January 31. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2019/01/31/world/middleeast/saudi-arabia-corruption-purge.html>
- Lacey, Robert (2014): *En el reino. Reyes, clérigos, modernistas, terroristas y la lucha por Arabia Saudí*. ECC Ediciones, Barcelona.
- Lacey, Robert (2018): "My final breakfast with my brave and open-hearted friend Jamal", *Time*. October 29.
- Meneses, Rosa (2018): "Arabia Saudí: una revolución sin vuelta atrás", *El Mundo*. 28 de febrero. Disponible en: <https://www.elmundo.es/internacional/2018/02/28/5a95bc61468aebc1788b45ad.html>

Meneses, Rosa (2017a): "Mohamed bin Salman, el heredero que da cuerda a los relojes", *El Mundo*. 30 de octubre. Disponible en: <https://www.elmundo.es/internacional/2017/10/30/59f39c0bca474133228b4673.html>

Meneses, Rosa (2017b): "La política libanesa, rehén de Arabia Saudí", *El Mundo*. 10 de noviembre. Disponible en: <https://www.elmundo.es/internacional/2017/11/10/5a05efece2704e73238b4610.html>

Reuters (2019): "Saudi Arabia to address of male guardianship system: report". Cable de agencias del 4 de febrero.

Vick, Karl (2018): "Brutal Reality". *Time*. October 29.

Young, Karen E. (2018): "Saudi economic reform update: saudization and the expat exodus", Arab Gulf Studies Institute. February 28. Washington. Disponible en: <https://agsiv.org/saudi-economic-reform-update-saudization-expat-exodus/>

